

... thing ... me how to
create new in something best
in our hand things ... create new
with me how to ... in our
story ... with me how
create new story in story
something best way to ... create new
with me how to ... something best
with me how

Cuaderno de apuntes No. 1

Guadalupe Aizaga
Patricia Armijo
Nanda Castillo
Paulina Narváez





**No
Comercial**
(NC)

Esta publicación está hecha bajo licencia Creative Commons CC – NC
Por tal razón, “el beneficiario de la licencia tiene el derecho de copiar, distribuir, exhibir y
representar la obra y hacer obras derivadas para fines no comerciales”.

INTRODUCCIÓN

Este documento es el resultado del taller de narrativa *Mecánica Popular* que realizamos en las instalaciones del Fondo de Cultura Económica, en Quito, Ecuador. Fueron 10 sesiones entre septiembre de 2024 y enero de 2025 en las que, en medio de cuentos, capítulos de novela y fragmentos algo más personales, nos reímos, conmovimos, perturbamos, lloramos y descubrimos qué es lo que hay dentro de cada una de nosotras y cada uno de nosotros... eso que está ahí latiendo, empujándonos a escribir.

Los textos narrativos que leerán aquí fueron trabajados en el taller. No están todos lo que leímos, ni hay escritos de todas las personas que asistieron; cada cual tenía la libertad de ser parte de esta publicación, que surge como consecuencia de las reuniones que tuvimos los sábados, de 10:30 a 13:30.

Un taller de escritura narrativa no es un espacio para aprender a escribir; es, en realidad, un paréntesis de nuestro día a día, en el que varias personas con un mismo interés, pero distintas perspectivas, estilos e historias, se reúnen para compartir esa pasión por lo literario. Entendemos más de nuestra relación con la escritura leyendo lo que hacen otros y otras, aceptándonos como mejores lectores y lectoras; así como cuestionando lo que pusimos sobre el papel. Cuando sucede eso, un taller es exitoso.

Y la primera edición de *Mecánica Popular* consiguió muchísimo y el resultado que tienen aquí son cuatro autoras —una de ellas ya publicada y de la que deberían leer sus libros— que más que tener un futuro literario, son una realidad que vibra y grita, que hace sonreír y maravilla, que golpea y acompaña. Como debe hacer la buena literatura.

Sean bienvenidos y bienvenidas,

Eduardo Varas C.

Guadalupe Aizaga

Estudiante de periodismo, en una constante búsqueda de plasmar las historias que la rodean. Vive por la pasión de las letras y la fotografía. Enamorada de Ecuador y con 20 años de canelazo en las venas. Quiteña, corazón de guagua, sueña en conocer todo el país y el resto del mundo, si le alcanza la vida

Corazón sangrando

**Por si un día muero:
una carta de amor al desamor**

Con tinta sangre

No recuerdo con claridad cuando escribí mi primer texto. De seguro era una historia fantasiosa sobre mujeres con superpoderes, porque había descubierto los libros de ficción. Tenía 12 años cuando me enamoré de la escritura, de la poesía, pero desde los 18 años empecé a utilizarla como herramienta para expresar aquello que no sabía cómo manejar. Fue en ese momento que la literatura cobró una relevancia mayor en mi vida, se volvió un método para zafarme de las garras del dolor.

Recuerdo el momento exacto cuando empecé con lo que sería mi libro de desahogo, estaba confundida por lo que sentía, una mezcla maldita entre las ganas de amar hasta los huesos y la desesperación por salir corriendo. Sin pensarlo empecé a escribir dejando fluir cada pensamiento, cada duda. Cada sentimiento agobiante se escapaba por las palabras. No sabía que tenía esa capacidad para escribir con tanta belleza, hasta que me quebraron el corazón.

Después de dos años siento una ligera frustración sobre mi musa: me he acostumbrado a contar cómo se fracturó mi alma en pedacitos. No me puedo culpar, he intentado hablar sobre otras cosas, pero no tienen el mismo impacto. Ese momento exacto fue mi catalizador, aquel punto de dolor que me llevó a una reflexión mucho más grande de lo que era el amor, de quien era yo, y de la capacidad que tenía de enamorarme de la vida. Sin dolor, no sería la persona que soy, una que es capaz de amar hasta que el corazón sangre, y con esa sangre escribir a detalle los más bellos párrafos.

La literatura fue mi amiga incondicional. Cuando no podía escribir, leía a otras autoras y encontraba aquellas palabras atoradas en mi pecho. Si me piden un consejo para soltar el sentimiento de buscar a una persona, les recomiendo que escriban. Las palabras escritas tienen el potencial para encerrar aquello que nos perturba, nos permiten generar este espacio para leer nuestros problemas y

desenmarañarlos hasta la raíz. Me enamoré de las historias con Isabel Allende a los 12, y apenas a los 18 pude entender que ella me indicó como usar las palabras a modo de terapia: “La escritura me permitió comprender lo ocurrido, ordenarlo en la memoria, aceptarlo en el corazón”.

El dolor puede venir de diferentes lugares, pero todos ellos surgen del amor: a una pareja, a un amigo, o en el caso de Allende a su abuelo y a su hija. Cuando su hija Paula murió, publicó sus libros más íntimos, llenos de reflexiones y preguntas. Como ella mismo menciona, esos libros fueron una larga introspección, un viaje a las cavernas más oscuras de su conciencia.

Creo fielmente que el sufrimiento es la muestra más grande de amor. Solo en el dolor se puede ver reflejado de la forma más pura el cariño que se le tiene a alguien. No digo que amar sea igual a sufrir, creo que sufrir es la consecuencia de amar con toda el alma. Pero hay grandeza y dignidad en la tragedia, como diría Allende, por eso es fuente de inspiración. De este sentimiento salen los textos más puros y llenos de pasión.

La ventaja de la escritura es que no se cansa, no es una persona con la que te desahogas hasta que te pide que pares, es una amiga que te permite fluir hasta que las palabras se terminan. Es en ese punto que puedes continuar hablando de aquello que te impulsaba a escribir, ya no como una forma de aliviar el tormento. El dolor se convierte en una musa que, fuera de las palabras que escribes, no te molesta más.

Amor de cine

Recuerdo el momento exacto cuando cedí ante la idea de enamorarme: tenía cinco años. ¿Qué podía saber yo del amor? Recuerdo mi primer día de escuela ver a un niño entrar a la buseta que nos llevaba de regreso al hogar, era un año menor, con churos en su cabello castaño. Recuerdo ser yo la primera en acercarse, a mi corta edad decirle que me parecía lindo y con seguridad preguntarle si quería ser mi novio. Así inició la larga cadena de decepciones amorosas, una constante búsqueda de la persona capaz de amarme con la intensidad que había visto en las películas. Que golpe tan fuerte me dio 15 años después descubrir que la idea del amor de cine no existe.

Recuerdo más las relaciones en las que estuve que lo que impartían mis maestros en clases. De hecho, eso es erróneo, hay muchas relaciones que ya no recuerdo porque duraron menos de dos semanas. Cuando hablo de relaciones, no necesariamente me refiero aquellas donde la pregunta “¿quieres ser mi novia?” estuvo involucrada, me refiero a todas las personas con las que busque generar un vínculo. Estaba rodeada de películas, libros, música, cualquier producto me recordaba que había gente capaz de morir congelado en el océano por amor. Entonces, ¿por qué no buscarlo?

Y si no fuera suficiente las películas con estos grandes actos de amor, porque uno puede justificar diciendo que es ficción, las redes sociales trajeron personas reales mostrando esas acciones que, para aquellos frustrados románticamente, solo generaban envidia. Así alimentaban mi necesidad de conseguir alguien que todos sus actos reflejaran cuanto deseaba mi compañía. Y después de tantos vínculos forzados, me enamoré el primer día de la universidad.

Esta es una historia que pienso desenmarañar pasito a pasito, pero deben saber que lo amé más de lo que pensé que era capaz. Fue un amor de cine, él es cineasta. Tenía ese tipo de movimiento despacio y controlado que parecía estar bailando. Cuando me besaba, todo su cuerpo transmitía una historia que se resumía en dos palabras “te quiero”. Y me enamoré de cada interacción que teníamos: ir en el bus abrazada a su pecho mientras escuchaba el latido de su corazón, acostarnos en el piso del lugar donde entrenaba mientras me contaba historias sin final feliz, las largas llamadas donde si uno se dormía el

otro debía decirle cosas bonitas, bailar sin nada de vergüenza las canciones que después no podría escuchar sola.

Es cineasta, era capaz de que una caminata por las calles de Quito se volviera la escena en la lluvia donde los protagonistas se eligen. Al fin después de esa búsqueda imposible, había encontrado aquello que el mundo me presentaba como amor. A los cinco meses, días antes de cumplir seis, terminamos por WhatsApp.

Para alguien que había dedicado tantos años a entregarse al amor, terminar con la primera persona con la que generó un vínculo real, fue equivalente a quedarme sin aire. Y esa película que había vivido los últimos meses, se terminó. El dolor me hizo analizar si el amor existe, no sé cuánto tiempo pasó hasta que la respuesta llegó por sí sola.

Mi mamá presumía el nuevo mueble que mi papá le había regalado por cumplir veinte años de casados. Parecía una niña pequeña, cuando recibí el mensaje de mi papá: “¿Ya está presumiendo su mueble?”. Aunque parecía una crítica a como era mi mamá, lo percibí como amor puro. La conocía tan bien, que sabía cómo estaba actuando, y a pesar de ser un defecto, él la aceptaba porque amaba verla feliz. En ese momento entendí que no se necesitan grandes muestras de amor como nos presentan las películas. Hay pequeños detalles que están llenos de sentimiento: los abrazos de mi mamá, las palabras precisas de mi papá, y mi hermano corriendo al baño para traerme papel cuando lloraba por mi corazón roto; todas esas acciones eran amor, uno que no se muestra en el cine.

Pero no hay nada más poético que hablar de un corazón roto, es por eso que me permitiré seguir hablando del cineasta. Soy una mujer intensa, que ama demasiado, se enoja con facilidad, cuando llora llena mares, y cuando escribe lo hace sin parar. Me gustaría aclarar que estas palabras son para retratar el camino que tuve desde que me enamoré de él hasta que me enamore de la vida. Como suele pasar, mis textos tienen vida propia y no tengo claro en que terminarán.

Dulce mirada

Hay un brillo particular en sus ojitos, unos que cuando me miran se iluminan mucho más. Vienen acompañados de una sonrisa perfecta, oculta entre sus cabellos revoltosos. Esos cabellos y esos ojos, tan similares a los míos a esa edad. Con esa dulce vocecita, con la que pega un grito cuando salta a mis brazos. Así tan pequeña y tan frágil, tan feliz y chiquitita, me provoca querer ocultarla del tiempo. Ocultarla del mal de madurar, de lo inevitable de un corazón roto, de la crueldad del ser humano.

Crecí siendo la menor por muchos años, acostumbrada a seguir los juegos raros de mis primos; esos donde colgábamos muñecas de una soga y apagábamos las luces fingiendo escapar de ellas. Mi primo era el de la creatividad, yo era la fiel seguidora. Nunca tuve iniciativa propia, siempre me dejé guiar complaciendo a alguien más. Es sorprendente cómo ella sí saca en mí esa energía para jugar, esa que me faltó cuando nació mi hermano, cómo con ella puedo crear escenarios y cuentos para entretenerla.

La veo feliz comiendo morocho y me reflejo en su mirada. ¿Qué tan rápido la alcanzará el tiempo? ¿Cómo preparar su corazón para los caprichos del amor? Dolor, tiempo, crecer, conceptos que se relacionan, aunque uno quiera separarlos, evitarlos, muchas veces ignorarlos.

Con ella entendí las palabras que alguna vez me dedicó mi prima, la más grande: “aun te veo como tu versión de niña pequeña, una que nos gustaría proteger del dolor”. Cuando leí esa carta escrita para mi cumpleaños número veinte reí un poco; es inevitable crecer, y en ese madurar a veces pensamos que la gente a nuestro alrededor no nota nuestros cambios, que aún nos perciben como niños. ¿Por qué eso nos molesta?

¿Ser un niño es ser inmaduro? Es fácil pensar que el hecho de que nos vean así elimina todo lo que hemos cultivado. Que cada error que hemos cometido y del cual hemos aprendido no ha servido para nada. Que nos miren como niños ignora cada batalla que hemos tenido, nos vuelve vulnerables, inocentes de esos errores que se adhieren a la piel como cicatrices.

Tener alma de niño es complicado, porque implica verse a uno mismo y perdonarse por todo lo que hemos hecho para lastimarnos sin querer. Es inevitable crecer, y todo lo que he experimentado me

ha hecho resistente. Pero a ella la veo tan pequeña y feliz, que lo que menos quiero es que tenga que aprender a ser fuerte.

Con el tiempo he aprendido a ver mis versiones pasadas con amor, con un poco de pena por verlas mendigar. Lo que daría para evitar que esa niña de 12 años se tenga que sexualizar para sentirse validada. Lo que daría porque mis ojos siempre hubieran sido amados y no usados para seducir. Pero cada pasito y herida me han llevado a lo que soy, aunque aún miro atrás y una avalancha de emociones me dejan quieta.

A veces me doy asco, no es un sentimiento que dure mucho, pero está ahí. Un poco de vergüenza y arrepentimiento cuando jugando me preguntan “¿cuál de todos tus ex?”. Por unos segundos, hago un recorrido mental de cuánto tiempo invertí queriendo a alguien más e ignorándome a mí y me revuelve el estómago descubrir el resultado.

A veces me juzgo pensando que siempre he tenido esta edad, que siempre he sido consciente de qué personas me han querido de verdad. Sé que es mentira, era una niña jugando a ser grande, desesperada por sentirse acompañada en esa estúpida búsqueda de control, sobre mi vida, mi cuerpo, mis relaciones; en realidad, nunca tuve el maldito control.

Nadie me obligó, yo sola me arrodillé y puse mi cabeza frente al revólver. Yo elegí seguir su juego desde un inicio, contestar con dobles intenciones para ver que provocaba en él. Su nombre siempre estará fijo en mi cabeza cuando piense en cómo me humillé por un poco de atención. Él me dio esa forma retorcida que he tratado de cambiar, sin dudar le cedí todos los permisos que necesitaba. Lastimándome con apenas 15 años, para evitar que se fuera, amenazada con conseguirse a otra a la que sí se pudiera comer. Es por eso que debo admitir, que sentí un poco de paz cuando lo vi suplicar. Habían pasado algunos años y creamos una especie de amistad, hasta que dijo que estaba enamorado de mí. Me alegró escucharlo así la última vez que supe de él, llorando para que no lo sacara de mi vida.

Y aunque me trae un poco de paz saber que no entregue mi cuerpo, me atormenta saber que renuncié a mi desnudez. Me carcome por dentro pensar con qué facilidad me podía tomar una foto, aún despierto intranquila sin la certeza de que van a respetar mi confianza.

Tantos años reduciéndome a eso, sin pertenecerme realmente, siempre siendo de alguien más.

Aun pienso en la vez que un amigo, de esos que no eran tan amigos, se acercó con actitud coqueta. Me intentó besar cuando yo ya tenía novio, y algo que nunca seré es infiel; aunque me negué, él me tomó de la cintura y me manoseó riendo. Ese momento fue un balde de agua fría sobre mi cabeza, ¿cuándo perdí control sobre mi propio cuerpo, sobre mi desnudez? ¿Cuándo mi “no” dejó de importar?

Era un pedazo de carne. “Microondas”, me decía mi mejor amigo, porque, aunque aprendí cómo calentar hombres, en realidad nunca llegué a nada más con ellos. Construir toda tu autoestima en base a lo que alguien más opine de tu cuerpo es equivalente a encadenarte a la sexualización.

Bendita Allende, cómo me ha salvado, cómo ha tomado el desastre que fui y lo convirtió en arte. En *La Ciudad de las Bestias* hablan sobre la desnudez, cómo el paso del tiempo se refleja en el cuerpo. Cómo podemos ver la desnudez de la carne como algo más puro que un pensamiento sexual. Cómo cada sonrisa se refleja en las arrugas de la cara, cómo cada estría marca el cambio de las temporadas. Empecé a verme en el espejo, ya no como aquella que buscaba la mirada de un hombre, empecé a verme con un dulce mirar. Me apropié de mi desnudez.

Ahora amo mi cuerpo, cada pequeña parte que lo compone, que me permite vivir plena de mis facultades físicas. Hay dos formas en la que veo la desnudez: como arte y como manera de conectar con el alma. Tener la capacidad de apreciar los detalles del cuerpo de otro, de la historia que recorre en su piel. Y el contacto con la intimidad de quien amas, con la capacidad de tomar con delicadeza la fisuras y el dolor y, con dulce tacto, transmitir cariño.

Mi chiquita de ojos bonitos, de sonrisa inocente, cuando juega conmigo me quita todo ese peso de pensar en qué cosas la pueden lastimar, de pensar en qué cosas me han lastimado a mí. Con ella me siento niña. Ahora entiendo, que me vean así no es malo: es ver mi forma más pura, sin culpas y feliz.

¿Cuándo es momento correcto para hablar sobre los temas de la madurez? ¿Qué se vale mencionar para evitar que se quiebre igual? Sé que no hay manual que le pueda dar para evitar que cometa sus

errores. Sé que yo no hubiera escuchado los consejos de mis primas mayores. Eso es tristemente madurar: equivocarse solita, ver la razón de tus heridas, mirar el porqué de tus acciones y aprender también a perdonarse una misma.

Sangre ausente

Se giró dejándome ver su gran espalda, aquella que tantas veces he reconocido y tantas otras he confundido. Esa espalda que por años ha llevado un peso tan grande que únicamente hoy puedo ver. Agarró un objeto que no vi con claridad, ya ni recuerdo en qué pensaba cuando dijo: “Ve, para tu mamá” y se giró agitándolo en su mano hacia mi dirección. El impacto del cristal contra el carro de compras fue tan rápido, que solo reaccioné después de que el agua salpicara en mis piernas. Él se rio, con esa risa genuina e inocente, esa que únicamente hace cuando sabe que hizo una travesura, esa que cuando suena me llena de ternura.

Mi papá intentó recoger los fragmentos de la bola de nieve del piso, aun riendo miró a la cajera y se disculpó ofreciendo pagar por los daños. Ese era mi papá, un hombre fuerte, grande, invencible, justo y bueno, intocable, o eso creía yo. Según he ido creciendo, la figura de mi papá ha ido cambiando. Para ser honesta, hemos cambiando él y yo.

—Papi, cómprame una canasta de mandarinas.

—¿Para qué quieres una canasta de mandarinas si ni comes? — dijo él con una sonrisa, mientras acariciaba mi pequeña cabeza de cinco o seis años.

—Para vender en la esquina, para que no tengas que ir al Oriente.

Esa canasta había sido uno de los regalos de Navidad que pedí y evidentemente no me lo dieron, pero detrás de eso solo quería que mi papá no se fuera. Era mi persona favorita, saltaba a sus brazos cuando llegaba con esa maleta horrible, que al fin después de tantos años logramos que cambiará. Él me hizo amar y odiar los martes, era el día cuando se iba en la madrugada y me levantaba sin papá. Pasaban dos semanas y volvía en ese avión gigante que alguna vez por impaciente casi me pisa.

En esa época ya vivíamos en el norte, cuando aún el Bicentenario era un aeropuerto. Mis dos pequeñas manos estaban en el cristal de una puerta corrediza, similar a la que teníamos en casa. En cuanto mi mamá me señaló el avión del cual bajaría mi papá, no dude en salir a recibirlo con el abrazo que siempre le daba, sin ver que el avión aun no frenaba. En la pista alguien me detuvo y no recuerdo bien que pasó, pero desde ese día no volví al aeropuerto.

Mi mamá hasta ahora me molesta que solo me enfermaba cuando mi papá se iba, que él salía a las seis de la mañana y a las cuatro de la tarde estaba postrada en cama por la fiebre. Ahora lo pienso y probablemente solo lo decíamos porque era una forma de evitar que se fuera. De niña solo me importaba mi papá, y tenía un extraño enojo constante contra mi mamá, en mi pequeña cabecita, si ambos trabajaran, él no se iría tanto tiempo.

Y entonces llegó la maldita pubertad. Me recuerdo y genuinamente no sé cómo me aguantaron tanto, tal vez es porque pasaba más dormida que despierta. Tenía un enojo constante y largas peleas con mi mamá, pero ¿dónde estaba mi papá? Casi siempre en mi contra, y cuando no, en el Oriente ignorando nuestros pleitos. Esa fue la época donde empecé a creer que no tenía papá, que ignoraba quién era, que no me conocía, que no le importaba y solo quería descansar. Ahora lo entiendo, trabajar tantos días allá y venir a una casa donde solo hay gritos, no es precisamente el escenario en el que cualquiera quisiera estar.

Pero qué difícil crecer con esa necesidad de afecto, de hacer hasta lo imposible porque alguien decidiera quedarse a mi lado. Sé que mi papá no tenía más opción que irse para mantenernos, ahora con 20 años puedo aceptar eso, pero hace cinco años, cómo me jodió. La relación con mi papá fue la base de esa búsqueda de un novio que eligiera quedarse. Después de aguantar tanto idiota, me di cuenta que perdoné tantas cosas y solo me podía ir cuando veía que, a pesar de todo, aún decidían dejarme.

Hace unos meses aún tenía ese pequeño resentimiento con mi papá, había marcado una distancia porque los días que se iba dejaba de existir para mí. Cuando venía, trataba de ser esa niña pequeña que necesitaba a su figura paterna, pero ya no era esa, ya había aprendido a mantenerme solita de pie. Él estuvo cuando termine con el cineasta; por primera vez me veía llorar por un novio, y lo que me supo decir es que los hombres solo quieren una cosa. Debo admitir que soy una persona cerrada, cuando escucho algo que me lastima me cierro al diálogo, y dejé de hablar con él.

Meses después volví a sonreír, él me abrazó y me dijo “no vuelvas a tener novio hasta los 30, por favor”. Así que imaginen su reacción tan positiva cuando un día salió temprano y por la tarde se enteró que mi exnovio me había llevado al Pululahua para hablar las

cosas. Ese día de tantos mensajes enojados de mi mamá, el único que me preocupó fue: “Tu papá ya se enojó”.

Si algo nos define mucho en mi casa, es que tenemos un humor de mierda, somos lo que dirían fosforitos, y por la mínima nos gritamos o estamos con mala cara. Crecer con ese papá que de la nada estaba histérico no es un ambiente positivo para entablar conversaciones difíciles, así que casi nunca hablábamos. Esa también es la razón por la que llegaba rapada, tatuada o perforada, el enojo de pedir permiso o perdón iba a ser el mismo.

Así que después de regresar de la montaña subí con miedo al cuarto donde estaba descansando. Intente con todas mis fuerzas poner los ojitos más lindos y abrazarle, me aceptó el abrazo, y me preguntó sobre lo que hablamos.

En agosto tuve una última decepción amorosa, de esa experiencia lo que más me dolió fue cuando me dijo “es que me contaron que tú no sabes estar sola”. Lo conocía hace apenas un mes, y no entendía por qué lloraba por alguien con el que apenas me había relacionado. En ese momento me propuse a estar sola, y empecé a leer libros de autoayuda. *Las mujeres que aman demasiado*, me encantaría explicar todo lo que aprendí con ese libro, pero la base de este problema, que me divierte nombrando como adicción a los hombres, es la relación con mi papá.

Así que ese día mientras él se arreglaba para ir a retirarle a mi hermano yo empecé a contarle como volví a hablar con el cineasta. Después de treinta minutos hablando de los eventos que nos llevaron al Pululahua, solté la bomba. Para esa salida había tenido un despertar espiritual interesante, había aprendido a amar de una forma distinta, no solo a personas, a mi carrera, a mis hobbies, a las pequeñas cosas que nos rodean. Había empezado a vivir desde el amor, así que reconocí cuánto yo había fallado, y cuantas cosas me habían lastimado por no tener claro qué carencias tenía mi corazón.

—Papi, perdón por la forma en la que te voy a contar esta parte, pero por mucho tiempo yo sentí que no tenía papá. Ahora sé que lo intentas, que hemos mejorado la comunicación, pero esa época donde necesitaba más tu cariño, no estabas —él y yo nos tensamos en cuanto dije la frase. Sabía que mis palabras lo habían herido, pero era una conversación que debíamos tener.

Tal vez al inicio esa conversación buscaba que entendiera porqué había vuelto a darle una oportunidad, pero en el camino se convirtió en el perdón que yo siempre necesite. Hablamos de tantas cosas esa tarde que pude curar de a poco el daño que su ausencia a lo largo de estos años me había hecho. Me recordó lo que mi mente ya no tenía presente. Malditas hormonas adolescentes, maldita fragilidad de la memoria, me habían borrado los recuerdos más bonitos a su lado.

Tengo un video de pequeña, mandando un beso a la cámara mientras le digo “Te amo mucho papi”, aun se lo envió cuando cumple años y está trabajando. Viendo eso recuerdo que siempre que sonaba el teléfono de la casa corría para saludar a mi papá, lo llamaba cuando el deber de matemática me hacía llorar, o cantaba el número de extensión cuando lo extrañaba; no sé en qué momento empecé a buscarlo solo cuando necesitaba dinero, recordar más el número de cédula para pagar las cosas, que el número de su celular.

Saber cuánto cuesta ganarte un sueldo te cambia la perspectiva de hija mantenida, y ahora que ya no trabajo me incomoda pedirle diez dólares. Se que la situación está difícil y trato de ya no ser una carga para él, porque ya no lo veo como el papá invencible que no se cansa, que trabaja por darnos todo.

Ahora le duelen sus rodillas, ha cambiado su genio, ya no es tan bravo, ahora escucho cuando se queja porque no hay tanto dinero. Sigo siendo su niña, aún necesito su amor, pero lo veo diferente, veo el niño roto que es, el joven de 24 años asustado con una bebé que intentó hacer lo mejor. Soy consciente de que ambos estamos aprendiendo, él a ser papá y yo a ser su hija. Un proceso que ahora se siente con tanto amor. Ya no estoy enojada, volví a tener papá, lo había perdido entre árboles y fauna del Oriente ecuatorial.

Esta última vez, antes de que se fuera, estábamos comiendo en la mesa, esa en la que, cuando él no está, me siento en su silla y cuando viene, me siento a su lado. Arrimé mi cabeza a su hombro y me volví a sentir chiquita, más de lo que de hecho soy, como siempre me verá él.

—No te vayas papi.

—Me tengo que ir, no me puedo quedar más tiempo -me dijo mientras me acariciaba la cara.

—Llévame en tu maleta, te prometo que aún entro; soy chiquita,
no he crecido.

Cicatrices

Había una sombra que me perseguía, un ser oscuro que me tomaba de los hombros y con sus manos frías, poco a poco, limitaba mi aire. Esa constante presión en la cabeza que me obligaba a dormir para ignorarla. Una y mil voces, miles de palabras con voz de mando encendían en mí un fuego incontrolable. Esos sonidos que acuchillaban mis oídos, que enrojecían mis ojos, que manchaban de sangre lo que alguna vez fue mi confianza.

Impotencia, miedo, respeto, y finalmente amor. Esa sombra ha cambiado.

Ahora tiene unas manos delicadas, hábiles, suaves, hacen que su tacto transmita una calidez extraña. Las usa para coser heridas cuando me abraza, para crear delicias donde el ingrediente principal es el amor. Esas mismas manos que alguna vez marcaron en mis piernas la señal de mi rebeldía. No es muy alta, casi unos centímetros más de lo que yo soy; y aun así cuando la miro de frente se vuelve imponente.

Por muchos años marqué distancia para no perder la cabeza, buscando complacerla para silenciar sus reproches; buscando hierirla para demostrarle que yo también tenía una opinión propia. Comparada constantemente con ella, con su título de egresada, con su remuneración económica por sus excelentes calificaciones en la universidad. “Un nueve no es un diez”, me decía desde que mis trabajos eran calificados con estrellitas.

¿En verdad solo es una nota? No muchas personas lo entienden, les parece exagerado ver mi disgusto con un ocho. Tenía esa necesidad de sentir su aprobación, que por lo menos en un ámbito podamos entendernos, que yo pueda ser suficiente, que su voz desaparezca. Pero su voz siempre está, me crió para que nada que tuviera mi nombre sea mediocre. Apuntar a la excelencia, a ser la mejor. Es gracias a ella que practiqué ballet, danza y patinaje a la perfección hasta que mi propia pereza me obligó a abandonarlo. Debo ser educada, siempre quedar bien. Ahora no puedo hacer algo incorrecto o rebelde sin sentir miedo del que dirán.

Irónicamente, con ella fui muy rebelde. Aún recuerdo cuando furiosa intentó arrancarme el piercing de la nariz, sin saber que eso provocaría que luego llegara con cuatro tatuajes. Todo lo que hice en esa época era una búsqueda urgente de tener autonomía sobre mi

cuerpo, sobre mi vida; quitarle su autoridad. Y fue justamente eso lo que nos cambió a ambas.

Tengo una foto de ella, de cuando tenía mi edad, con su cabello negro con unas ligeras hondas, con unos aretes largos, con un collar que resalta en su cuello blanco. No sé si es su maquillaje, ese que le resalta sus ojos marrones, o esos labios pintados que acentúan su seriedad; pero hay algo hipnótico de aquella mujer. Antes, pensaba que esos ojos reflejaban un futuro que le robé con mi nacimiento.

Le mostré esa foto y su respuesta me indicó aquello que captaba mi atención: “Ahí tengo tu expresión de cuando estás seria”. Nunca me he parecido mucho a ella, físicamente soy la copia de mi papá, lo único similar entre las dos es la falta de altura y la gastritis. Yo tengo el cabello liso y negro, grandes ojos, largas pestañas, color canelita pasión; ella tiene churos tinta sangre, pequeños ojos con ligeras pestañas, tan blanca que mi papá dice que nació en Latacunga. Ella es ingeniera química, yo pase esa materia rogando piedad.

Tal vez siempre peleamos por ser tan diferentes. Ella quería que usara vestidos y faldas, yo prefería arrancarme los ojos antes que ver lo que había comprado para mí. Era mi mamá, por mucho tiempo no tuve voto en lo que usaba o hacía, aprendimos a bailar una danza de guerra, donde ella atacaba directamente y yo debía hacerlo de forma discreta.

Cuando cuento esta historia me río, no me parece graciosa, pero la vergüenza y los nervios hacen que suene esa risa traicionera. Hay una ventana, con vista al cuarto de herramientas de mi papá, está ubicada cerca de las gradas que usamos para ir al primer piso. Desde ahí se ve la pared que hoy está vacía, dónde hace unos años yo mismo había pegado una fotografía mía abrazando a mis papás. No recuerdo que pelea absurda teníamos ese día, pero recuerdo la frustración que tuve por no poder gritarle todo lo que quería. El enojo me cegó el juicio cuando tomé las tijeras, cual reina roja decapité la fotografía de mi mamá. Había ganado nuestra pequeña riña, hasta que la vi llorar en la cocina. Esa noche no me dio de comer, así que en realidad perdí.

De niña la veía como un dictador; su palabra era orden y no podía cuestionar su régimen. Rígida, seria, “no” era su palabra favorita, y la casa era su cárcel predilecta. Vivía comparándola con otras mamás, unas más permisivas, unas con las que se pudiera

dialogar. Vivía resentida, esperando que mi papá regrese porque con él sí salíamos de la casa y podíamos dejar de pelear.

Muchos de mis recuerdos infantiles son con mis primos, mis hermanos mayores, con ellos me divertía, no estaba enojada. Solo los podía ver cuando mi papá estaba aquí, tengo la idea de que a esa mamá no le gustaba pasar con la familia de mi papá. De hecho, no le gustaba salir a ningún lado, y esa era otra razón para seguir enojada. Ambas encerradas en lo que parecía ser un castigo mutuo.

También la recuerdo enferma, débil, frágil. A una parte de mí le molestaba verla así, la comparaba con la fuerza que tenía mi papá para nunca enfermarse; el otro lado buscaba remplazarla, hacer todo lo que ella hacía para que viera cuánto valía su hija. Ahora con 20 años me he vuelto una pequeña versión de mis papás. Trato de adelantarme a lo que hace mi mamá, y hacer lo que haría mi papá si estuviera en casa. Trato de complementar donde el otro falta.

Mi mamá me conoce mejor que nadie, y aquello que antes desconocía, hoy le voy mostrando con miedo. Me da miedo decepcionarla, todo lo que quiero darle es una hija feliz. Aún tengo marcadas las palabras que mi abuela me dijo cuando les presenté mi primer novio “Son muy jóvenes, deben aprovechar su potencial, mira a tu mamá si no se hubiera quedado embarazada habría tenido una gran carrera”.

Esas palabras me carcomieron después de terminar con el cineasta. No quería enamorarme, quería ser gigante, trabajar tanto que mi nombre sea reconocido en cualquier parte. Me esforcé como mi mamá me enseñó, sentía que de alguna forma se lo debía, a ella y a todas las mujeres que sacrificaron sus estudios por esta familia.

Fue un 24 de abril cuando las cosas se iluminaron. Con mis mejores amigos trabajamos seis meses para un concurso de la universidad y Diners Club, nos paramos en ese escenario con seguridad a presentar nuestro proyecto de innovación tecnológica, esperando cumplir esa expectativa. Mi mamá estaba entre el público, como siempre ha estado, viendo todo lo que hago. La sonrisa que tenía ese día me llenó el alma, cómo se iluminaron sus ojos cuando nos entregaron el premio. Ese sentimiento de orgullo en ella me haría trabajar hasta romperme la espalda, solo para ver el brillo que transmitía. No me hacía falta nada más en el mundo, porque estaba ella.

Independencia. Con ese premio vino el trabajo, el dinero, la independencia. Eso nos permitió evolucionar la relación. En este último año he dejado de ver a mi mamá como la dictadora, la veo como la mujer que es. Aquella que sufrió sola criar una hija mientras su esposo no estaba, aquella que no podía salir de la casa de la mano de una bebé por miedo de la inseguridad, aquella que fue juzgada por una adolescente cruel, aquella que solo ha intentado darnos lo mejor de sí.

Hace poco hablamos mientras manejaba hacia la universidad. Topamos el tema de mi carrera, de mi futuro, de si quiero hijos, si en algún punto me veo casada. Le explique mi miedo, el de enamorarme y perder mis sueños en el proceso. Le dije que sentía que debía aprovechar mi potencial porque yo había frenado el suyo. Escucho las palabras de mi abuela en mi voz y quitó ese peso que sola me había puesto: “En mis planes siempre estuvo presente tener hijos, no tan pronto, pero soy muy feliz con mi vida”.

Me he vuelto fuerte por ella. La escucho cuando emocionada me cuenta que compró algo nuevo para la casa, ella me escucha cuando el mundo parece agobiarme. Es la mujer más fuerte que conozco, pero ya no debe serlo, ya no está sola. Es más que mi madre, es mi persona favorita, es quien me inspira a esforzarme y a amar a ese monstruo adicto al 10 que soy.

Me he quebrado llorando algunas veces frente a mi mamá por frustración. Muchas peleas quedaban al aire porque no encontraba las palabras para decir cómo me sentía sin ofender su crianza en el proceso. Desde que leí *La casa de los fantasmas*, de Isabel Allende, reconozco qué mamá tengo, qué mujer me ha criado, veo en ella todas sus caras; es perfecta. Ama hacer pasteles, es su forma de decirnos te amo; yo odio comer dulces, pero soy el cerdito que se come todo lo que hace. O casi todo, no pienso volver a comer albóndigas de pollo, que eran más harina que pollo.

Tiene corazón de niña, de madre, de hija, de amiga, de hermana, de esposa, de tía, de sobrina; le sobre alma para amar. No es capaz de ver las malas intenciones de otras personas. Y aunque ya no vive encerrada entre las paredes de mi casa, no consume redes sociales y hay tantas cosas que pasan en el mundo que le debo explicar.

Siempre seremos diferentes, veremos los defectos de la otra, habrá peleas y reclamos, aún le ocultare cosas. Siempre habrá temas

que no podamos discutir porque aún no encontramos las palabras correctas. Ella seguirá cocinando y yo limpiando la cocina mientras maldecimos no poder haber ido nunca a un concierto de Bon Jovi. Yo seguiré haciéndome tatuajes pensando en ella y ella seguirá odiando que lo haga. Ella siempre amará la Navidad, yo siempre me quejare por tener que guardar el árbol.

Patricia Armijo Bastidas

31 años. Quiteña con f. Periodista de profesión y aspirante a cuentera desde siempre. No ve películas de terror, pero escribe todos los días sobre la realidad que asusta.

Culpable

¿Han visto esos juguetes que están dentro de una pantalla llena de agua con uno o dos palitos en los que deben entrar muchas argollas? ¿Sí? ¿Esos juguetes con los que todos soñábamos y que pocos llegaron a tener, aunque luego se popularizaron y eran más atractivos que cualquier celular inteligente?

Bueno, eso fue lo primero que robé.

Recuerdo, con una vergüenza que me resulta extraña, ese día. Llovía hacía horas y yo salí a jugar fútbol con los chicos que siempre llegaban al complejo.

Mientras corría, distraído como siempre, algo resonó. En realidad, ese algo llamó mi atención y me hizo regresar. Era ese juguete, el que todos queríamos tener, pero que en mi casa nunca se podría comprar, a pesar de los dos trabajos que tenía mi mamá para mantenernos a mi hermana y a mí.

No lo quería en realidad; era una sensación confusa. Nunca había visto uno, pero lo vi y lo quise con desesperación.

El juguete no era nuevo, estaba bastante abollado y su color era pálido, amarillo, blanco, no sé. La gente lo llama color piel, y yo no entiendo realmente eso, porque la mía es más un color café o negro, si lo quieres ver así.

En fin, el juguete estaba ahí, llamándome. Lo tenía otro niño en sus manos. Enseguida me acerqué a mirar y me enamoré de ese objeto. El término "boquiabierto" lo aprendí ese día, al quedarme mirando sin poder creerlo.

El niño volteó y me preguntó: "¿Es tuyo?". Sin pensarlo, juro que fue sin pensarlo, no quería hacer nada malo, no sé lo quería quitar, pero de mis labios salió un "sí" tan claro que hizo que me lo entregara de inmediato.

En medio de la lluvia, salió corriendo con pequeños saltos y se alejó. No se resistió, él no sabía que yo mentía.

Me quedé temblando y corrí en dirección opuesta lo más rápido que pude. No miré atrás y solo me escondí en mi cuarto con mi tesoro entre las manos.

¿Se puede ser un ladrón por robar una pantallita llena de agua con uno o dos palitos en los que deben entrar muchas argollas?

Ya no sé. Lo único que veo en la calle o a donde voy es esa flecha apuntando sobre mí, señalándome culpable. ¿Culpable de qué?

Puedo jurar que no quería hacer nada malo. Pero lo malo solo sigue pasando una y otra vez.

Es mentira que al morir ves tu vida pasar frente a tus ojos como en una película. Lo único que veo es sangre por montones. No escucho nada, pero los veo enfurecidos, pateando y golpeando mi cuerpo destrozado en el pavimento.

No es suficiente. Soy culpable y es claro que ellos buscan venganza.

A lo lejos, un patrullero brilla con sus luces azules y rojas. ¿Estoy salvado?

No. Se dieron por vencidos y salvaron sus propias vidas. Me abandonaron ahí, en medio de la turba y no hay marcha atrás.

No logro ver más que sombras y destellos. Apenas siento las piernas. Tengo las manos atadas a la espalda y hay una soga rodeando mi cuello.

Suspendido en lo alto de la plaza de Cayambe, apenas veo a la multitud. Aún recuerdo esa pequeña pantalla llena de agua con uno o

dos palitos en los que deben entrar muchas argollas que hoy me tiene aquí.

No me iré sin mi hija

Estábamos sentadas juntas, como cualquier día. Amelia estaba por cumplir 2 años. La gasolinera no tenía suficientes ventas como para hacer la fiesta que había pensado, pero un pastel no faltaría.

La nueva despachadora aún se movía con lentitud para atender a los clientes. En Quevedo eso puede ser un grave error porque todos viven a una velocidad de 1.5.

Ella es mamá y también está criando sola a la bebe. Es muy duro para nosotras las mujeres, mi mamá siempre lo dijo y yo no hice caso.

Amelia debe dormir su siesta luego del almuerzo, no más tarde porque luego no me duerme en la noche. Así que prefiero tenerla ahí, al airito, conmigo.

Antes de las cuatro de la tarde era hora de recordarla, pero me quedé a conversar con la despachadora y la dejé dormir un poco más.

Un sonido tremendo me paralizó. En menos de 15 segundos tres hombres bajaron de una camioneta negra y me rodearon. Tenían pistolas, me golpearon y me gritaron, pero no entendí por qué.

—¡Súbetel! —me dijo uno de ellos. Llevaba gorra y no tenía más de 20.

No sabía a dónde o por qué querían llevarme con ellos, pero alcancé a gritar “No me iré sin mi hija”.

De inmediato pensé en ese drama gringo de los 90 que mi mamá veía en el VHS. Y pensé que si esa Bety logró escapar con su hija del Medio Oriente, ¿por qué yo no podría hacerlo?

Suena absurdo creer que pude pensar en todo eso mientras forcejaba con ellos para huir, pero esa tensión hizo que el momento parezca eterno.

De manera abrupta uno de los tipos que me rodeaba arrancó a Amelia de mis brazos y la lanzó al suelo. Ella ni siquiera lloraba, solo miraba todo con extrema curiosidad y la boca abierta. Acababa de recordarse.

De espaldas me subieron a la camioneta y pude escuchar dos disparos.

—¡No me iré sin mi hija! —volví a gritar sin que a nadie le importara.

No me había fijado, pero la despachadora había corrido tan rápido que ya no se la podía ver. Mientras que mi Amelia quedó en el piso encima de una mancha de gasolina y aceite.

El pastel de la bebe debe retirarse el domingo en la mañana, antes de que cierre la pastelería. Pero no sé dónde o con quién está Amelia. No sé dónde o con quién estoy yo.

No entiendo

Papá está alistando el coche. Creo que al fin saldremos a pasear. Ya no sé cuánto tiempo llevamos encerrados en esta casa. Hace frío y huele raro, como si la falta de luz pudiera percibirse en la nariz. No creo que alguien lo entienda.

Pero el coche y mi cobija favorita están listos, los veo desde la cama. No es una gran hazaña, en realidad. Desde la cama se ve la cocina, el comedor y el baño, separados solo por una cortina de colores brillantes.

A veces no entiendo cómo sucede todo. Papá se fue hace mucho tiempo y casi no ha venido. Supongo que eso es lo que ha provocado todo lo demás aquí.

Mi mamá pasa muy enojada todo el tiempo. Grita y me sacude cuando pido comida, ahora prefiero guardar silencio. Si no hago ruido ella no me mira. Mientras tanto, puedo verla sentada por horas contemplando la pequeña ventana verdosa. Esperando.

Pero eso ya no importa. Él volvió y ahora iremos a pasear. Esto de hacer silencio tiene su lado bueno. Es como si de alguna forma pudieras volverte invisible. Aún así lograron adivinar que un paseo al parque, bajo el sol y el viento, es todo lo que quiero.

Ya han pasado varias horas y no salimos. Empiezo a creer que esto de hacer silencio no está funcionando. Quizás si grito fuerte puedan entenderme.

Nada sucede. Él sigue caminando rápidamente de un lado al otro. El coche está ahí y hay algo en la cobija. No logro verlo. Quiero saber qué pasa, no escucho a mamá después de que empezó a gritar, quiero llamar su atención, pero tengo miedo. Soy invisible.

Al fin un pequeño sonido alertó a papá de que estoy aquí. De que existo y espero ese paseo. Ya tengo mi sombrero y mis zapatos favoritos que mamá me puso antes de que él llegara para estar lista.

Finalmente me levantó de la cama donde estoy inmóvil, invisible. Pero, ¡ey!, el coche. Todo queda atrás y él camina rápido. Su respiración la siento en mi cara. Cálida y agitada mientras murmura palabras que no logro entender. No me mira, no me habla, solo camina tan rápido como sus pies se lo permiten.

Subiendo las gradas está la tía Cuqui. Me gusta quedarme con ella y jugar con las muñecas. Cuando estoy con ella siento que vuelvo a aparecer y puedo hacer sonidos que solo ella entiende.

Él no habla. Golpea la puerta y me deja en brazos de la tía Cuqui. 14 años tiene. No le dice nada y se despide tan rápido que no pude ver su rostro por última vez. No entiendo. ¿Será que ya no hay paseo? Pero el coche y mi cobija favorita están listos. No entiendo.

Nunca pude volver a casa. Cuqui se quedó conmigo y jugamos toda la tarde. Finalmente, el paseo en coche con mi cobija favorita no lo pude disfrutar.

Lo único que entendí fue que papá llevó a pasear a mamá en mi coche con mi cobija favorita. ¿No parece cómico? Ella es grande, ¿cómo cabría en mi pequeño coche de paseos?

Él nunca volvió y no supe más. No recuerdo su nombre, su rostro o su voz. Lo último que guarda mi memoria es su aliento caliente y agitado en mi cara.

De mamá tampoco recuerdo nada. Ella solía estar enojada o triste o dormida. No jugaba conmigo ni me sacaba a pasear. Pero eso ya no importa, ella tampoco volvió.

Ahora debo vivir sin vida. ¿Es eso posible? Suena extraño pensarlo, 'vivir sin vida'. ¿Has sentido cuando una parte de ti abandona tu cuerpo y solo existes, sin sentir, sin pensar, sin futuro, sin pasado? Solo existes.

Esa es mi vida. Han pasado los años y apenas lo puedo recordar. La ilusión que me hacía tener ese último paseo con papá y mamá, bajo el sol y el viento, en mi coche y con mi cobija favorita.

Ahora lo sé. Él llevó a pasear a mamá, pero cuando ella ya no estaba. Su cuerpo fue quebrado hasta encajar en el coche y fue cubierto con mi cobija favorita. Ese paseo no era para mí.

Mis abuelitos dicen que no le dejaron ir y lo entregaron a la Policía. No entiendo a que se refieren. ¿Acaso no es normal forzar algo para que encaje? Como esa vez en que a esa muñeca se le cayó la pierna cuando, a la fuerza, le puse el pantalón equivocado.

Lo cierto es que hoy estoy sola. La tía Cuqui y yo somos las únicas que quedamos. Sin vida, pero viviendo. Porque mamá se fue y no es verdad que me cuida desde el cielo.

Las calles son muy frías, pero no tienen ese olor a falta de luz. No creo que alguien lo entienda. Cuando la vida te abandona no hay nada que hacer o cómo volver.

Yo solo quiero dar mi paseo y ver a mamá dormir por horas en la cama desde la que se ve la cocina, el comedor y el baño, separados solo por una cortina de colores brillantes.

Odio el fútbol

No me gusta el fútbol; en realidad, lo odio. Estar bajo el sol, lo seco de la tierra, el sudor de la gente salpicando por todas partes. Odio el fútbol.

Pero como Dios le da pan al que no tiene dientes, parí un futbolista. En mi casa no hay tele, pero el bebe sabe de jugadores, partidos y no sé cuánta vaina de ese fútbol.

No tengo idea de cómo ni cuándo aprendió y se empeñó en jugar.

Es el tercero, y sus hermanos jamás me han tocado un balón. Por tanto hacer su relajillo, la vecina Zoila siempre me lo engríe.

—¡Cómo goza el bebe, qué lindo!

Steven es hábil con la pelota, pero no le gusta estudiar. Este peladito es capaz de dejarme las clases botadas por andar tras ese trozo de tela podrida con el que juega.

Con Néicer decidimos comprarle los zapatos esos que dicen que usan y el balón con parches celestes y la cara de Messi para Navidad. No sé ni dónde ha visto eso, pero aficionado está.

—Esas vainas bien caras, doña Zoila, tres meses de amarrarse las tripas para comprarle.

—Pero vale la pena, diga, para ver los ojitos brillantes de ese negrito.

Néicer ahora sí que me hizo cabrear. Sin plata, y va y le inscribe en esa escuela de fútbol atrás del Mall del Sur. Gastando en huevadas.

Ya son más de las siete, y este peladito no asoma. Donde se haya vuelto a quedar comiendo pan con esos muchachos de miércoles...

Ahora que llegue Néicer le voy a avisar: hoy sí aguanta este Steven. Definitivamente, no se puede con él. Once años y ya me saca canas hasta en el culo.

Los otros peladitos, Ismael, Josué y Nehemías, tampoco asoman. ¿Dónde se irían a meter, Diosito? Ya estoy más que cabreada. Ahorita voy y de abajo de las piedras lo saco. A mí no me va a hacer esto.

Mejor dicho, no. Si no llega pronto este muchachito, vendo esas pendejadas que bien caras me salieron, y se queda sin regalo.

Con los otros papás salimos a buscarlos. Algunos ya están preocupados, pero a mí no se me quita lo cabreada. Ni a la novela que vemos con doña Zoila voy a llegar.

Hemos caminado más de una hora y nada. Las luces de la calle están encendidas y cada vez hay menos gente caminando. En la panadería, el señor dice que los militares correataron a un poco de pelados que andaban por aquí.

El corazón se me paraliza. Mi Steven es uno de ellos. Es el más pequeño, para más señas. La ira se transforma en desesperación.

¿Dónde está mi hijo?

Mientras el sol sale por un lado, siento el calor de las lágrimas recorriendo mi cara y cayendo al cuello. No sé dónde estoy ni lo que estoy haciendo.

¿Dónde está mi hijo?

Don Ulbio dice que allá en el retén le dijeron que se llevaron a los cuatro bebés. Que fueron los militares. Que estaban robando.

Mi hijo no haría eso. No es por nada, pero sé que no lo haría. Néicer y yo camellamos en lo que se ponga para que no les falte nada. Él no estaría robando. Mi hijo no.

Tengo que ir a sacarlo de donde esté. Él es inocente. Tengo que ir a sacarlo de donde esté.

Semanas de caminar y buscarlo. Del trabajo me botaron por faltar. No me importa, hoy tendremos una noticia, lo presiento.

Alguien viene.

¡Me lo mataron! Mi hijo. Mi niño. Mi muchachito. El negrito que yo parí. No puede ser, Dios. ¿Por qué? ¿Ellos que hicieron? ¡Digan!

¿Dónde está mi hijo?

No puede ser, no puede ser. ¡Hijos de puta, salgan y den la cara! Que me digan qué pasó, que alguien responda.

—Milicos carevergas, asesinos, malnacidos.

No puedo respirar. Se me va a salir el corazón. Voy a vomitar. Me voy a desmayar. Dejen de mirarme. No quiero sus ojos lastimeros. Dejen de tomarme fotos. ¡Qué chucha les pasa!

Dios mío, ayúdame.

La novela. Los patacones. La Navidad y la ropita nueva. Maldito Messi y su puta afición por correr atrás de un balón de mierda. Odio el fútbol, lo odio.

¿Qué hago ahora con los zapatos y el balón con parches celestes que era su regalo?

Odio el fútbol. Maldito fútbol, su escuela, sus entrenamientos y su cacha polvorosa de mierda.

Nanda Castillo Sabando

Artista y gestora, amantes de las formas. Sus estudios formales los realizó en la Universidad San Francisco de Quito, en artes plásticas. Luego, de manera independiente, ha colaborado en talleres de reconocidos maestros, “lo que me ha dado una experiencia veraz de este mundo lleno de subjetividades y recursos expresivos”, dice ella.

Te olvidarás del tiempo

Ayer, entre naipes, tabaco y licor, me miraste. Casualmente dijiste que recordamos poco de la vida, que los días son siempre los mismos, que las calles poco cambian, aparecen nuevos baches en época de lluvias, grietas cuando el sol quema, que por estas tierras sin estaciones no recordamos los días.

Dijiste que es hora de partir, los vientos soplan, tus alas se alzan, el aire corre y debes marchar.

Poco conozco de ti, tu guitarra, tu armónica, tus manos de hombre curioso sí las recuerdo. Quizás también recuerdes los tres días que nos regalamos para topar nuestros cuerpos sedientos de placer, donde liberamos tristezas no compartidas, donde tus ojos me hablaron con la mirada y tus besos recorrieron mi cuerpo que empieza a sentir el paso del tiempo. Eso, el tiempo es lo que más recordaré de ti. Saber que dejaste en mí las ganas de salir de las cuatro paredes que me encierran, del café al que siempre voy, y de que, sin saberlo, no quiera recordar la vida.

Quizás si de tus manos no se hubiera ido tu propia vida, la vida de tu pequeño niño, tampoco recordarías la tuya, te quedarías junto al río viendo la misma gente pasar. Pero acá, en estas tierras, ya nada hay para ti, se borrarán los recuerdos y como yo, te olvidarás del tiempo.

Te vas y yo te pensaré cuando llegue el día en que por fin sienta el viento soplar, alas invisibles nacerán para empezar a tomar el vuelo.

Salvador

Me sacas las más bellas sonrisas, arrugas también, aunque estas son del paso de la vida, en tiempos de caos en que tu alma decidió vivir.

Te pareces mucho y nada a mí. Bailas a otros ritmos que se asemejan en algo al avestruz. ¿Será que no te queda de otra? Adaptarte a un mundo acelerado por la urgencia de la meta y los constantes y duros cambios.

Dices que es mi generación la que hizo que haya menos árboles para disfrutar del placer de la sombra, la que empacó frutas en bolsas plásticas y cambió botellas de vidrio por desechos que insisten en sobrevivir.

El día de esta foto, volviendo a casa dijiste que decides no traer hijos al mundo, y aunque recuerdo como lo más sublime parirte, y ver tus ojos mirándome mientras lactas de mis pezones, te miré sintiéndome feliz.

Vela

Prendo una vela en un acto desesperado por topar la inspiración. Son diez putos días de sentarme entre cartones de todo tipo, lisos, corrugados, brillantes, grises, casi todos en sus diferentes gamas.

Uso todos los recursos posibles para sacar esa primera idea, ese punto de partida. La música para escapar de la desidia. Preparo una taza de té, intento meditar, cojo una escoba y barro la casa, me echo en el pasto a descargar la cabeza, tres sorbos de una botella de pájaro azul, recurro a un cachito de hierba que la tengo guardada porque mi terapeuta dice que puede causar depresión y así, como vamos, prefiero evitarla.

Como último recurso te escribo esta mañana, bien sabes que eres mi musa, y cuando pintamos juntos, siempre sale algo bueno. Por mensaje te puse que quisiera tener tu soltura y no tomarte la vida demasiado en serio, sentir el privilegio de sanar con un rayo de sol, tendida como gato en el tejado de tu casa y fluir.

Y no, a veces mi mundo se enreda y necesito las lágrimas para sacar y vaciar el peso de la tristeza y así equilibrar la balanza que casi siempre anda chueca, como mis piernas al caminar.

Horas más tarde llegas, querido Viver, a contagiarme un poco de ti, y aquí estoy escribiendo.

Los cartones siguen sobre la mesa, la luz ya más tenue de la vela y la lluvia sonando fuera.

Campaspe

Sobre la mesa de trabajo duerme una misteriosa muñeca de arcilla. Ella sueña en otras vidas, se acuerda de mi rostro, de pensamientos antiguos, de mis ojos curiosos y escrutadores por conocer todo de la vida; despertará en mis manos que son las tuyas, la acurrucaré en mi seno y me preguntará su nombre. Te llamarás Campaspe, como la concubina de Alejandro, por las líneas sugerentes de tu cuerpo tierno que mis manos modelaron, te dieron la vida y su misterio.

Eres impredecible y te diluyes con la lluvia sino te toca el fuego. Te veo y me reconozco, frágil e intensa y mirando lo creado sorteo las tristezas que se me adhieran al barro.

Paulina Narváez Ricaurte

Escritora, periodista y madre de dos niñas. Ha publicado tres libros, dos de cuentos y una novela corta. Le gusta mirar muy despacio, mirar de verdad, y escuchar con atención para contar esas historias que se esconden por miedo a gritar la verdad.

Capítulo 3: Alivio

Ella leyó sin levantar la voz: *“Si se debe herir a un hombre, debería ser tan grave que no haya que temer a su venganza. Nicolás Maquiavelo”*. Luego arrugó la hoja arrancada de un libro viejo de bolsillo y la escondió bajo su almohada.

El ladrido lejano de algún perro la sacó de esa nube que envolvía su cabeza. Un olor intenso a vainilla le produjo náuseas, obligándola a correr al baño sin resultado; sus pies no respondían y cayó de boca sobre esa alfombra de felpa rosada que cubría todo su cuarto. El sonido chispeante de la mecha de una vela encendida la hizo levantarse luego de haber sido sacudida por el golpe y las drogas azules y, con la vista aún nublada, descubrió a la causante de ese aroma insoportable que apretaba su estómago hasta volverlo un solo nudo. Su casa siempre olía así.

“Bienvenida”, le dijo un seseo desagradable bajo el dintel de la puerta con una enorme y húmeda sonrisa. Era Gregorio, su verdugo, que para ese momento seguía disfrazado de un padre benefactor, seguía envuelto en esa camisa café a cuadros, esa que ella tanto odiaba; seguía forrado en ese pantalón desgastado que marcaba su asqueroso cuerpo, ese que ella tanto odiaba; seguía cargando esas manos rechonchas y sudorosas, vestidas de unas uñas carcomidas y sucias, esas que ella tanto odiaba. Otra bocanada de náuseas subió por su garganta queriendo vomitar esa sensación horrenda que le apretaba el pecho hasta dejarla sin aire, hasta matarla sin quitarle la vida, hasta hundirla una y otra vez, hasta quedar así, destruida, rota. Ella era un guiñapo a cuerda que su amo daba vueltas cuando a él le daba la gana.

Sobre la silla, frente a su espejo, descansaba en paz un vestido repleto de flores amarillas, un delantal tan pulcro que lastimaba sus ojos y un par de zapatos blancos bajos con un lazo en la punta. Quiso desaparecer, quería ser como esa hormiga diminuta que caminaba con dificultad entre las lanas rosadas de su alfombra, quiso ir tras de ella, pero cualquier esfuerzo era inútil. Gregorio pisaba con fuerza una cuerda gruesa y larga que tenía amarrada a su tobillo derecho, y que la pinchaba como espinas cada vez que intentaba cruzar sus límites, esas

líneas invisibles que la reducían a un cuadrado pintado de rosa, donde por ahora ella y solo ella, era la reina.

—Descansa pequeña, te quiero hermosa para la cena, por ahora no voy a molestarte.

El monstruo cerró la puerta y ella quedó muda y sola en su cueva de felpa. Por fin pudo aflojar sus brazos, derritiéndose de inmediato entre los charcos que formaban sus lágrimas, tratando de acariciar su rostro con sus lánguidos dedos, unos huesos que la preparaban para lo que vendría. Movi6 sus piernas y otra vez las agujas se clavaban en sus articulaciones, recordándole que ella no era nada, solo una presa adobándose para el próximo festín de su bestia hambrienta.

Ella escuchó como se alejaban de su puerta los ecos de esos pasos pesados de un padre que nunca supo serlo, y mientras Gregorio se iba, el aire se volvía más liviano y lograba entrar en su nariz, despejando algo del miedo constante en el que vivía, soplando la bruma que la asfixiaba cada vez que recordaba a Martina, y por fin sonreía porque en su lengua comenzaba a saborear el próximo destino, ese que la liberaría de todo y la llevaría donde su hija. Miró nuevamente la silla y ahí estaba el vestido de florecitas cubierto por completo con una hermosa funda de plástico, y sonrió.

El reloj colgado en su pared tenía cara de payaso, su centro era una nariz escarlata de donde salían unos brazos desiguales que marcaban las seis de la tarde; tenía una hora exacta para arreglarlo todo. Agarró la cabecera de su cama de hierro y destornilló una bola cobriza que servía de adorno, sacó de sus entrañas unas pequeñas botellas llenas de un líquido viscoso que al destaparlo bañó el cuarto con un olor a trago rancio, se las tomó de golpe, una tras otra, eran cinco. Estiró su cuerpo, dejando tronar su esqueleto para ponerlo en orden; parecían ramas quebrándose dentro de un cuero flojo y gastado. Agarró su cuerda enroscándola como una serpiente alrededor de su hombro y caminó hasta donde esta le permitía para poder entrar a la ducha. Se bañó por más de quince minutos, dejando que el agua caliente la quemara de verdad, atravesara su piel y mandara por el desagüe esa espuma

que la manchaba por completo, dejándola revestida con una fina película con sabor a vainilla, ese que ella tanto odiaba. Se peinó su cabello lacio frente al espejo, despacio dejó que el viento cálido que lanzaba el secador de pelo, haga volar sus ideas y espante el terror que sentía con solo imaginar la presencia de ese. Un temor que el licor amortiguaba, pero que latía entre sus sienes recordándole lo que debía hacer.

Desnuda quiso mirarse en el espejo, hace mucho que no lo hacía. El reflejo fue fulminante. “Es hoy”, se dijo convencida de lo que venía. Esta vez sería más fiel que nunca a la promesa hecha a su hija, sería fiel a la promesa que ella misma se hacía cada mañana, esa que se repetía una y otra vez cada momento en que su cuerpo se empeñaba en seguir respirando en medio de esa tortura en la que vivía, en mitad de ese martirio en el que moría. Su cuerpo parecía un armador que paseaba desnudo buscando las gradas que la guardarán para siempre, midiendo sus pasos para no tropezar. Se pellizcó las mejillas para agregar algo de color a su rostro lechoso. Se mordió los labios con todas sus fuerzas para que su sangre los pintara de rojo, se miró una y otra vez hasta que con torpe sutileza sacó la ropa del plástico transparente y se enfundó en el vestido que acababa de regalarle su padre. Mientras lo hacía quería vomitar, el roce de la tela la lastimaba, quiso llorar, pero se miró fijamente a través de ese espejo y se habló con una furia enérgica: “Eres una niña grande, compórtate y haz lo que debes hacer. Eres una niña grande, no llores. Eres una niña grande, eres una niña grande, soy una niña grande. Es hoy”. Se puso los zapatos a juego y adornó su cabeza con un grueso listón amarillo, se veía hermosa. Estiró la funda sobre su cama y sonrió.

Faltaban tres minutos para las siete. Faltaban tres minutos para la cena. Faltaban tres minutos para soltar el pánico por siempre.

Se paró frente a la entrada del cuarto esperando a que llegue ese monstruo, se alisó el vestido para que no haya ni una sola arruga, se puso el delantal para que todo esté perfecto, y ahí aguardaba, como un soldado, dispuesta a entregarse en el frente.

El chirrido de la puerta abriéndose lentamente hizo que sus manos comenzaran a sudar, se clavó las uñas en las palmas para no desmayarse, para sentirse viva, para tomar fuerza y aguantar solo una vez más todo lo que vendría con él. La sombra de Gregorio se reflejaba en la alfombra, solo se escuchaba un jadeo constante que salía de esa boca horrenda, esa que a ella la rompía. Unas lágrimas mojaron sus mejillas y ella se volvió a recriminar con rabia “eres una niña grande”. Sus manos tras la espalda la hacían ver más alta, él la miró y se relamió sus colmillos, caminó tres pasos hacia adelante y cerró la puerta de golpe, ella saltó sin bajar sus ojos. Él abrió sus brazos y ella lo abrazó. Él olía su cuello como un ave de rapiña que transpiraba a través del miedo y la sangre de su víctima, ella temblaba y se decía en silencio: “Es hoy... Es hoy”.

De un empujón lo tendió sobre la cama, a Gregorio le gustó. Ella se quitó el listón amarillo y contuvo las náuseas. Él se dejaba topar sin resistencia, ella le puso la cinta sobre sus ojos cerrados y en trance por la excitación. Ella metió su cabeza en la funda de la lavandería, amarrándola con fuerza alrededor de su propio cuello. Él quiso tocarla, ella lo paró haciéndolo callar con su dedo índice sobre sus labios sebosos, él obedeció, mientras ella comenzaba a ver todo borroso a través de la bolsa. Él volaba absorbiendo su perfume y ella se mareaba mientras se acercaba a ese cuerpo grotesco que tantas veces la lastimó, y que ahora, con el poco pulso que le sobraba se recostaba a su lado, se asfixiaba entre su propio aire huérfano, que chocaba dentro de las paredes de ese plástico cómplice que le quitaba su vida, esa que ya no quería hace rato. Él no se daba cuenta de nada, y ella sonreía porque estaba a punto de ganar y de volver a tener a su pequeña hija entre sus brazos.

ed me how to love ~~the~~ me how
something best very ~~new~~ something best
creates new in story creates new
in our hand things in our
with me how tender with me h
story ~~be~~ ~~one~~ story ~~be~~
creates new story it creates new
something best very ~~something~~ best
with me how tender = with me h

Cuaderno de apuntes
No. 1

Guadalupe Aizaga
Patricia Armijo
Nanda Castillo
Paulina Narváez

